

## Una generación intermedia

### UN LUGAR PARA EL ARTE

Puedo hablar en esta mesa, si se me permite, en nombre de lo que llamaría “una generación intermedia”. No estuve propiamente en los inicios del Taller de cine. Me relacioné con el Taller a fines de los años 80, cuando ya se habían realizado películas como **La casa de al lado** o **Candidato** de Raúl Beceyro (proyectadas ayer) y cuando un grupo conformado principalmente por Raúl Beceyro, Marilyn Contardi y Oscar Meyer trabajaba regularmente en la formación y la producción.

En esos años, con Proarte hacíamos un festival de cine argentino en el que, de manera paralela, se organizaban unas jornadas de discusión. El Taller participó activamente en este proyecto. Recuerdo dos jornadas en particular, una sobre el guión cinematográfico y otra sobre la luz en el cine, de las que surgieron dos libros. Para mí, el taller significaba por lo menos dos cosas: un lugar de producción/formación pero también un lugar de discusión. La preparación de los dos libros mencionados fueron mis primeras incursiones en la edición, un oficio que forma parte de mi vida cotidiana desde entonces. Me confiaban otras tareas, como conducir autos (conducir autos era otra de mis habilidades), ayudar en la producción o trabajar de “extra”. Recuerdo haber pasado a buscar a Raúl Alfonsín por el hotel para filmar una secuencia de **La convención** que se rodó en un patio de Colastiné y a otro político, entonces prometedor, pero que hoy ya nadie recuerda, al que le decían “Chacho”. Sigo conduciendo autos y aprendí a desconfiar de una cámara.

Como se ve, en varios sentidos se “pensaba” y se “hacía” cine al mismo tiempo. El Taller me ayudó a comprender el lenguaje del cine, al menos a recono-

cer su pertinencia respecto a la literatura, que es el lenguaje al que estoy más acostumbrado. Pero también me permitió asistir a esa compleja relación entre el “pensar” y el “hacer” que es, como lo entiendo, una de las características principales del Taller. Esa relación pensar–hacer se cumple en distintas etapas, algunas individuales (cuando las ideas existen en la mente de un realizador) y otras de carácter colectivo. El Taller brindaba y sigue brindar precisamente el “lugar” donde esta relación era posible.

En un segundo momento, a principios de los 90, me ascendieron y me integré al plantel de profesores, ayudando a los alumnos principalmente en la etapa de escritura de una sinopsis y luego de un guión. Se aprendía pensando y haciendo al mismo tiempo. Hay muchos caminos para realizar una obra artística, como la lectura de libros, la visión de películas, la conversación de proyectos, el dominio de la técnica. Todos estos caminos son importantes pero no hay un verdadero aprendizaje que no pase por un hacer. Aunque nunca hice cine, siempre fue muy importante para mí estar próximo de esta concepción del hecho artístico.

### **ESTE LUGAR DEL ARTE**

En los quince años en los que participé de sus actividades, el Taller fue siempre para mí ese lugar privilegiado donde se hacía cine (con toda la complejidad que fui descubriendo) y se reflexionaba sobre su práctica.

Mencioné aquellas jornadas organizadas de manera paralela al festival de Proarte, de la que surgieron aquellos libros sobre el guión y la fotografía. Debería mencionar también una reunión de arte contemporáneo que tuvo lugar en octubre de 1997, cuyas po-

nencias y discusiones se publicaron en el número 60 de la revista *Punto de vista*. Y pienso ahora que este encuentro sobre cine documental, que llega a su décima edición, prolonga esos proyectos. En aquellas y estas jornadas y encuentros se invitaba a distintas personas: críticos, escritores, realizadores, productores, técnicos, etc., a reflexionar en torno de un tema. La escritura y la publicación que resultaron de esas convocatorias, prolongan esa reflexión en la lectura, extendiendo ese lugar que es el Taller.

Pero esas jornadas o encuentros, en realidad, no son más que la parte visible de lo que significaba y significaba el Taller como lugar de reflexión. Permanentemente venían y vienen personas “externas” a conversar sobre cine y también a participar en alguna de las etapas de los proyectos. Es el caso por ejemplo de Jorge Goldenberg, quien participó tanto de aquella jornada de discusión sobre guión, como de estos encuentros sobre cine documental, pero que también vino en varias oportunidades al Taller, generosamente (eso quiere decir que no se le pagó nada), a trabajar con los alumnos en la elaboración del guión.

### **LA PERCEPCIÓN DE UN LUGAR**

¿Qué lugar puede tener el arte en una institución como la universidad? Sería deseable que ninguno, que el arte se desarrollara al margen de toda institución. En una universidad, en todo caso, el arte es ese cadáver que se disecciona en esas aulas de anatomía que son las facultades de letras, de artes visuales, de cine. Paradójicamente, estos últimos años el arte encuentra un lugar privilegiado en las universidades, un lugar en el que en todo caso deja de ser marginal. En un contexto en el que los estados nacionales y

provinciales renuncian a sus obligaciones de apoyo a la creación, son las universidades, beneficiándose de su relativa autonomía, las que toman muchas veces el relevo. Se comprenderá que no estoy hablando exclusivamente de la Argentina. Muchos artistas, escritores o cineastas, pueden comenzar a trabajar gracias a las universidades. Y por otra parte se descubre el carácter benéfico que tiene el acto creativo, para cualquier disciplina, incluso las más duras, como las matemáticas o la economía. El ejemplo, indudablemente, es la proliferación estos últimos años en las universidades de centros de producción artística, cinematográfica o de escritura creativa. Se sabe que lo mejor que puede hacer un estudiante de historia o de ingeniería, antes de sumergirse en los arcanos de la caída del imperio romano o del teorema de Pitágoras, es aprender a escribir. No hay garantías de que de estas experiencias contribuyan al desarrollo del arte, no es improbable tampoco que los artistas del futuro surjan de las universidades.

Para mí, en este sentido, el Taller fue siempre un lugar singular. Nunca pude encontrar en la UNL lo que el Taller me brindaba. Y por otra parte este lugar que era el taller se prolongaba además en distintos escenarios... Cualquiera puede pensar que me refiero a bares, restaurantes y sobre todo asados... Bueno, eso también era importante. Pero ahora estoy pensando en esos ámbitos, en apariencia alejados del cine, pero que estaban relacionados con el Taller, o que me interesa relacionar ahora. Me refiero a espacios como la editorial de la universidad, donde preparábamos por ejemplo una edición de la obra de Juan L. Ortiz. Había una continuidad entre esas ediciones y algunas películas que se habían hecho o se hacían

(como el **Homenaje a Juan L. Ortiz** de Marilyn Contardi, que se proyectó el miércoles o la **Poesía espectacular** de Carlos Essmann) y los interlocutores de esos proyectos eran amigos del Taller, como Hugo Gola, Juan José Saer, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio, Martín Prieto o Daniel García Helder.

Durante 30 años se hizo esto, lo que es sin duda y debería seguir siendo, una actividad “faro” de una universidad como la UNL. Lo curioso es que la universidad nunca reconoció en su justa medida este trabajo que se hacía en el Taller. Me refiero a ese trabajo de reflexión, de producción y también, valga el término, de “extensión”: películas, publicaciones, jornadas, encuentros, proyecciones, etc.

Esta rara negación, bastante obstinada en la ceguera de algunos funcionarios (que me reservo el derecho de mencionar ahora), debería revertirse, al menos por la forma evidente que alcanza la producción “visible” del taller. Lo hará de todos modos la historia o la arqueología cultural, disciplinas a las cuales en este momento estoy haciendo una modesta contribución. Pero al mismo tiempo, para ser justos, debo decir que hubo excepciones a la regla, honrosas excepciones, y el Taller contó a lo largo de su historia con el apoyo decidido de algunos funcionarios de la universidad, como Jorge Ricci y José Corral, que también nos acompañan en esta mesa. Jorge y José no sólo apoyaron con su voz y con su firma las actividades del Taller sino que comprendieron, lo cual no es poca cosa, el significado de lo que se hacía aquí, integrándose a este encuentro o este diálogo que definen, y ahora hablo en un sentido más general, este lugar que necesita el arte.

## **LAS POSIBILIDADES DE UN LUGAR**

Nadie les dijo nunca que sería fácil.

Estoy pensando en los estudiantes que a lo largo de estos treinta años pasaron por el Taller. Veo en esta sala muchos rostros de los viejos, los medianos y los nuevos. Se les exigía y se les exige como trabajo casi exclusivo el desarrollo de un proyecto personal, ahondando en los propios deseos y necesidades (con un determinado marco, generalmente temporal, a veces temático) y esto nunca fue fácil. Tanto por la pasión que se ponía en la discusión de los proyectos (a veces dura por la relación de fuerzas un tanto asimétrica entre profesor y alumno), como por la presión que significaban las distintas etapas de producción, realización y montaje. No es fácil y en general quedan muy pocos al final del año.

Ahora comprendo con mayor claridad y quizás los que fueron y son alumnos del Taller lleguen a una conclusión similar, que esta dificultad tiene su sentido. No es posible iniciarse en una actividad artística como es el cine, haciéndolo, digámoslo así: de

mentira. Algunos alumnos se inscriben para iniciarse en la realización, otros en otras disciplinas como la fotografía o el sonido; pero hay alumnos que simplemente se inscriben por curiosidad, para ver de qué se trata, para conocer un poco más o de otra manera el cine. Ninguna de estas categorías, que difícilmente eran formuladas de esta manera, debe ser desestimada. Todos son invitados a la misma exigencia. Tanto aquel que piensa en la posibilidad de ser un director de cine, como aquel que desea ser un mejor espectador de cine. Con el tiempo y la experiencia comprendí que probablemente no haya otra vía para el conocimiento del arte. Para aprender a hacer cine o para simplemente saber ver cine, el “alumno” debe verse confrontado por lo menos una vez en su vida, a las tensiones, las exigencias, las pasiones que implica hacer una película, hacer arte. Sólo a partir de esa experiencia, que presenta sin dudas sus dificultades, puede comenzar a comprenderse el sentido del arte. El Taller enseñaba y enseña esto también.

